Alumbramiento

Juan Carlos Pereletegui

CC by-nc-sa Juan Carlos Pereletegui
loslibrosdebalmenhorn@gmail.com
DOCUMENTO FIRMADO
ELECTRÓNICAMENTE

«No diríais que era luz de un niño.»
V. Aleixandre

Soy lo que albergo y ahora estoy vacío.

Percibo la radiación de la cálida enana amarilla mientras orbito sobre su ecuador. ¿Soy? ¿Percibo? Antes no era ni percibía. ¿Antes? ¿Qué es antes?

Alineo lo que sé. Es muy poco pero comprendo que hay un «ahora» y un «antes», que ahora «soy» y que antes no «era». También sé que el «antes» ha sido muy largo, que se inició cuando mis ¿padres?, pasaron por esta estrella en su vagabundeo casi eterno. Decidieron que era un buen lugar para dejar su huella: recombinaron parte de su esencia y la pusieron en órbita para que madurara, antes de continuar su gira, de estrella en estrella.

Sé que hubo un momento, un instante singular, en el que pasé del «antes» al «ahora», pero ya no tiene importancia, debo ocuparme del «ahora».

Ahora soy.

Ahora soy vacío.

No albergo nada, pero soy lo que albergo... entonces, ¿cómo es posible que sea? La duda levanta una tempestad cuántica en mi interior, pero lo que sé, ¿lo que soy?, me impide analizarla con más detenimiento: lo primero es saciarme, acabar con esa contradicción entre ser lo que albergo... y no albergar nada.

Lo que sé incluye la información que necesito... no podía ser de otra forma. Me expando para absorber toda la energía posible, el viaje es corto pero no debo correr riesgos. Analizo los ecos de la radiación enviada por la estrella y los comparo con lo que sé. Hay dos agregados de materia antes de mi destino: un cúmulo de buenas dimensiones, en el que podré llenarme y llegar, verdaderamente, a «ser».

Se acerca el momento de la partida, de abandonar esta órbita en la que hubo un «antes» y también un principio. En mi interior se producen alteraciones energéticas incontroladas y dejo escapar pequeñas cantidades de radiación hacia la estrella. Eso me hace recuperar el equilibrio termodinámico.

Ha llegado el momento. Dejo la órbita y enfilo hacia el tercer cúmulo de materia. Mi primer viaje a través del espacio. Antes del enfriamiento haré muchos más, pero ninguno tan peligroso como este, cuando apenas

sé nada, cuando apenas soy nada, cuando estoy vacío. Si no capturo la órbita de mi objetivo no podré volver atrás, me perderé en las profundidades del universo y el enfriamiento me llegará sin haberme llenado.

Supero la órbita del primer agregamiento, una roca miserable calcinada por las violentas explosiones de la estrella. Me acerco rápidamente a la órbita del segundo cúmulo, su eco es apagado y gris; por el contrario, la radiación que rebota en mi destino brilla con fuerza en la zona azul del espectro lo que produce el sorprendente efecto de aumentar mi entropía interna. Tiene un satélite gigantesco, cuyo eco, muy brillante y duro, me llega con claridad.

Ya estoy muy cerca, he tenido dificultades atravesando una franja de radiación intensa, pero ahora la aproximación parece correcta. Percibo que el giro al azul de la radiación rebotada se debe a la gran cantidad de materia en estado líquido, aunque hay grandes extensiones de materia sólida. Todo va bien, pero tengo que esforzarme por reducir mi entropía, no puedo permitirme un error, ahora no... perfecto, ¡estoy en órbita!

La entropía regresa rápidamente a sus valores normales y me concentro en analizar la radiación rebotada. Identifico una cantidad sorprendente de corpúsculos de materia orgánica consciente. La entropía amenaza con rebrotar pero me esfuerzo por controlarla. Podré saciarme sin dificultad, pero es necesario elegir el lugar adecuado. Soy vacío y debo llenarme poco a poco.

19 de Septiembre de...

¡ESTOY EN VALLOT!

A pesar de la desilusión de verlo convertido en un cubo de basura, no puedo más que escribirlo con orgullo.

Durante años me he resistido a subir el Mont Blanc por la ruta normal, pero al menos he dejado atrás el refugio Gouter, deberían llamarlo el Gouter Palace, y eso le devuelve a esta ruta el sabor de los pioneros. ¡Bueno, no tanto! ¡Ya lo sé! Ellos no subieron en tren hasta «Nido de Águila», ni disfrutaron este refugio, por viejo y cochambroso que sea. Además, ni siquiera es esta la ruta de la primera ascensión, pero todo eso me da lo mismo, lo importante no es la ruta que se haga, si no cómo se haga y la normal de Gouter, durmiendo en Vallot, es un «cómo» muy satisfactorio para mí, sobre todo si el tiempo no acompaña.

La subida ha sido un infierno: desde el «Nido de Águila» hasta Gouter, muy bien, pero luego, para llegar aquí he tenido que dejar el alma por el camino.

Después de Gouter, la ruta no tiene mucho problema, hay que seguir el filo de la arista hasta alcanzar la cumbre del Dôme, bajar un poco, cruzar el enorme Col de Gouter y en la otra orilla, sobre un afloramiento rocoso, se encuentra el refugio Vallot, el mítico, el que ha salvado a tantos montañeros que llegaron in extremis a su puerta. Mi mente está llena de sus historias y mi corazón se alegra de pisar donde ellos pisaron.

Anocheció al poco comenzar la ascensión del Dôme. ¡Dios, cuantas estrellas hay a cuatro mil metros! Por desgracia apenas pude disfrutarlas, la niebla se me echó al poco, mientras salvaba la rimaya, traída en brazos de un helado vendaval norteño. Mi frontal se reflejaba en los jirones algodonosos que circulaban a mi alrededor a toda velocidad, y no servía más que para deslumbrarme, así que la apagué.

Hermanadas la niebla y la noche, mi única opción era no perder el filo de la arista, mi hilo de Ariadna, pero la arista se acaba en la cumbre del Dôme. Desde allí hay que bajar un poco para atravesar el Col de Gouter. En realidad, ese col es una llanura inmensa, un plateau, como dicen los franceses, sin ningún punto de referencia. He leído relatos de montañeros a los que la fortuna llevó hasta el refugio en mitad de la niebla, y también de los que vagaron sin rumbo por el plateau, hasta caer extenuados. Su historia no la escribieron ellos, si no los miembros de las cordadas de rescate que recogieron sus efectos personales, antes de darles sepultura en una rimaya.

Me quedé inmóvil en la cumbre del Dôme, el único punto de referencia del que disponía. Sin atreverme a dar ni un paso, aguardé sobre la nieve, tiritando de frío y de miedo.

Saqué la brújula y esperé, dejé que el frío soldara mis botas a la nieve, que el vendaval dibujara estelas de hielo en mi anorak, sin moverme ni un palmo.

Al fin mi paciencia tuvo su recompensa: un formidable golpe de viento que me hizo trastabillar, se llevó el manto de niebla y millones de estrellas dibujaron la silueta de Vallot, al otro lado del plateau. Con la vivacidad que da la desesperación, me llevé la brújula a los ojos y le tiré una visual, memorizando los grados como una letanía. Luego, no pude dominar la curiosidad de mirar hacia atrás. El refugio Gouter relumbraba como

una verbena, muy abajo, pero más arriba, a media ladera, titilaba una lucecita enfermiza: alguien seguía mis pasos. Otro embate de la ventisca me recordó que estaba en precario, la niebla había regresado tan pronto como se había ido y me encontraba de nuevo sumido en su seno.

Iluminando la brújula con la linterna frontal, me orienté en el rumbo memorizado y caminé con la vista fija en la diminuta y oscilante aguja. Una desviación de medio grado, menos incluso, hubiera sido fatal. Hay que tener mucha fe en que sabes lo que estás haciendo, y en que lo estás haciendo bien, para avanzar en medio de la nada durante un tiempo infinito. Acabé por perder la noción de ese tiempo y mi fe comenzó a tambalearse, ya era tan solo un muñeco articulado, un mecanismo sin alma que ponía un pie tras otro, cuando una pared de aluminio cubierta de escarcha me devolvió un reflejo.

¡VALLOT!

Pasada la euforia de sentirme a salvo y en un lugar tan mítico, me vine abajo. Estaba exhausto, sentía la angustia de la altura y ver el refugio de mis sueños convertido en un sucio vertedero no ayudó demasiado. Mi frontal alumbró una reducida habitación con literas corridas en dos lados. En un rincón, una puerta estrecha con las letras «W.C.» y a su lado la emisora de socorro. En principio todo lo que se puede esperar en un refugio libre de alta montaña, pero, ¡en qué estado!

En el pasillo central hay dos montoneras de basura congelada y entre ellas un rimero de colchonetas apiladas de cualquier manera, mantas tiradas por aquí y por allá, muchas reducidas a jirones, todo cubierto por tres dedos de nieve polvo que se cuela por la puerta desajustada y por una ventana rota y parcheada de mala manera, con unos cartones.

Este es el resultado de estar junto a una cumbre mítica. Me viene a la memoria el diminuto refugio «Le Dormeur», en un rincón perdido de los Pirineos: limpio como una patena, las colchonetas en su sitio, las mantas cuidadosamente dobladas y leña junto a la chimenea.

¡Pero no es momento de filosofar!

Aunque al entrar casi me sofoco, el refugio tiene la confortabilidad de un congelador y la hipotermia acecha. Antes de quedarme frío completamente salgo de nuevo. Estar fuera es horrible, ahora soy consciente de lo duro y helado que sopla el viento, pero necesito hielo para fundir y la nieve polvo del interior no sirve, consume mucho gas y apenas produce agua.

Recuerdo la lucecita titilante que vi desde la cumbre del Dôme y ruego para que se haya dado la vuelta. Cosecho rápidamente una gavilla de espigas de hielo que la ventisca hace crecer en las paredes del refugio y vuelvo dentro. Mientras lleno de hielo el cacillo me da una tiritona tan violenta que no consigo encender el infiernillo. Por un instante me invade el pánico, estoy al borde de la hipotermia, pero logro dominarme. En el peor de los casos lo único que tengo que hacer es meterme en el saco y esperar a que se me pase, pero cuanto antes empiece a beber caliente, mejor. Pego unas carreritas por el corto pasillo, saltando por encima de los montones de basura. ¡Funciona! Dejo de tiritar y logro encender el infiernillo. Mientras el hielo se funde, me quito algunas capas de ropa, la más húmeda y me meto en el saco, encogido en posición fetal. El hielo se derrite despacio así que le agrego un culo de agua que queda en la cantimplora. Cuando empieza a hervir añado un sobre de sopa instantánea y lo bebo a sorbitos, con los dientes golpeando contra el borde del cacillo. El agua de la cantimplora llevaba litines y la mezcla es nauseabunda, pero da lo mismo: está caliente. Lo apuro y pongo de nuevo el cacillo al fuego, con más hielo, mientras mordisqueo un trozo de turrón que apenas puedo tragar.

El segundo tanque de sopa es más efectivo y al fin entro en calor, la garganta se suaviza y puedo tragar con más facilidad. Mi estomago gruñe de satisfacción al recibir la extraña mezcla de turrón, frutos secos, queso, un tomate, dulce de membrillo, pastillas de germen de trigo... todo acompañado de más sopa primero, y luego de grandes tragos de té con miel.

Sigo fundiendo hielo para llenar las dos cantimploras y saco el diario. Mientras escribo, un fuerte destello brilla en el exterior y se cuela dentro del refugio a través de la ventana escarchada. Pienso en un relámpago, pero no se oye ningún trueno. Luego recuerdo la luz que vi brillar en la rimaya del Dôme. El destello ha sido demasiado potente como para una frontal, pero la duda basta para ponerme en movimiento. Abandono el cálido saco, me equipo y salgo de nuevo a la tormenta. Lanzo unos cuantos gritos en medio de la niebla pero sólo me responde el gemido del viento acuchillado por los tensores del refugio. Aprovecho para mear y regreso desconcertado, ¿qué demonios ha podido ser ese destello?

Sigo escribiendo, fundiendo agua y bebiendo. Bastante más tarde, la puerta desvencijada se abre y me ciega el foco de una frontal. Entra ru-

giendo un remolino de nieve polvo que se me cuela por la nuca, trayendo en su seno un chico muy joven, casi un adolescente, helado y jadeante y muy, muy asustado. Se ha perdido en el plateau y ha estado vagando en la niebla negra, cada vez más aterrorizado, hasta que una luz muy brillante le ha marcado el refugio, salvándole la vida. No habla mi idioma y está desquiciado por el miedo y el frío, así que no logro averiguar nada más.

Le pongo un cazo de té hirviendo entre las manos y eso parece serenarle algo y le libra momentáneamente de la hipotermia.

Enciende su infiernillo pero llena el cazo con nieve polvo, intento explicarle que debe salir a por hielo pero el rostro se le descompone, como si afuera hubiera algo más que una ventisca.

De la mochila saca una pesada caja de provisiones, llena de latas de conserva y embutidos, pero tiene la garganta demasiado reseca e inflamada. Necesitará dos o tres litros de líquido antes de poder tragar nada de todo eso y al cabo de un rato la nieve polvo apenas ha producido un par de dedos de agua en el fondo de su cazo. No tiene ni para un té. Exasperado, le pega una patada a la caja de provisiones, esparciendo su contenido por el refugio y se mete en el saco tal como está, con toda la ropa cubierta de escarcha. Solo se quita las botas. Le acerco otro pote de té.

Ahora, mientras termino de escribir, todavía oigo como le castañetean los dientes, pero he comprobado que lleva un buen saco y sé que su vida no corre peligro.

No puedo más, se me cierran los ojos y mañana puede ser un gran día, ya lo dice Serrat, propongámonoslo así...

¿Qué demonios ha sido ese destello que le ha salvado la vida a este joven atrevido e imprudente?

Yo soy lo que albergo y sigo vacío.

La materia sólida del planeta es abrupta y a menudo se pliega y se alza, en ocasiones hasta casi rebasar la envoltura gaseosa. Los corpúsculos escasean en las partes altas, forman grupos pequeños y aquí y allá localizo alguno aislado.

Mientras orbito por la parte oscura del planeta me fijo en uno de estos corpúsculos solitarios. Se desplaza por una gran llanura helada, cubierta de una espesa capa de gases condensados. En un lateral de la llanura existe un artefacto de los que emplean habitualmente como guarida y deduzco que se dirige a él, pero su rumbo es errático. Sin duda, sus re-

ceptores de radiación reflejada no tienen la sensibilidad adecuada para las condiciones en las que se encuentra.

Es lo que necesito, mis partículas vibran con fuerza ante la perspectiva de llenar mi vacío. Un rápido rastreo indica ausencia de otros corpúsculos en las proximidades, así que preparo sin dilación la salida de órbita. El descenso a la superficie resulta un desastre: cerca del suelo hay un caos de radiaciones electromagnéticas de alta frecuencia que alteran mis cálculos de trayectoria y me hacen tomar contacto con el suelo a bastante distancia del corpúsculo, junto al artefacto.

Se encuentra demasiado lejos, a pesar de ello activo toda mi energía, aumentando al máximo el poder y el brillo de mi aura, en un inútil intento de envolverle: a esa distancia no tengo ninguna posibilidad. Me dispongo a acercarme más pero entonces detecto otro corpúsculo en el interior del artefacto, a punto de salir. Mi precipitación, mi ansia por llenarme, me han hecho actuar con torpeza: la cubierta de aluminio y hielo del artefacto ocultó este segundo corpúsculo a mi premuroso rastreo. ¿Qué otros descuidos he cometido? Lo que sé, me dicta prudencia: mientras esté vacío soy débil y vulnerable. Apago mi aura y me sitúo fuera del alcance de su percepción. No habrá más errores.

El primer corpúsculo alcanza el artefacto, es evidente que ambos permanecerán allí durante toda la fase oscura y sé que no tardarán en caer en un letargo catatónico. Aprovecho para rastrear, esta vez con extremo cuidado, el interior del artefacto y los alrededores, hasta quedar completamente satisfecho.

Me introduzco en el artefacto y despliego mi aura, envolviendo en ella a uno de los corpúsculos. Sale del letargo en el último momento y hace vibrar el aire con fuertes ondas acústicas, pero enseguida mi aura lo aísla y las ondas apenas alcanzan, muy apagadas, a su compañero. Podría agregarlo también, pero no es conveniente, todavía no sé la resistencia que opondrá mi primer albergado y ya he cometido suficientes errores.

Soy lo que albergo y ahora soy uno.

20 de Septiembre de...

Ha sido un día fantástico, la montaña completamente vacía, toda la cumbre para mí, sólo para mí.

Regresar al refugio me ha producido una sensación extraña: todo su equipo sigue aquí, botas incluidas, es evidente que no ha regresado. Acabo de llamar a los gendarmes, otra vez, y me han dicho que envían un helicóptero de rescate, parece que ahora sí que se lo han creído. Debería continuar bajando, pero no me queda más remedio que esperarles.

Aprovecharé para escribir.

La noche fue inquieta, la altura me producía angustia. La mayor parte del tiempo la pasé en un agitado duermevela interrumpido por breves intervalos de profunda inconsciencia, durante los que soñé con luces en la niebla y jóvenes perdidos en el plateau, que gritaban aterrorizados.

A las cuatro me levanté y salí, rugía un autentico huracán que había barrido la niebla. Las estrellas brillaban con desvergüenza, riéndose desde la lejanía de la vanas ansias de un primate cuyo gran sueño es alzarse un puñado de metros por encima de las llanuras que no debería abandonar. Así es el Universo, vale la pena limitarse a admirarlo y no intentar comprenderlo, es demasiado grande y contiene demasiadas cosas. Me deprime, prefiero la sensación del piolet en la mano y hielo duro bajo los crampones.

Regreso al refugio y comienzo a preparar el desayuno, aunque todavía no estoy decidido a partir, ese viento me da miedo.

Mientras se funde el hielo, recuerdo a mi joven compañero y alumbro hacia su rincón, pero solo veo la mochila y las provisiones esparcidas... y sus botas, justo donde las dejó anoche, sin preocuparse de guardar en el saco los botines interiores, para que no se congelaran.

Lo primero que pienso es que ha entrado al water, pero no se oye ningún ruido. La puerta no está cerrada y miro dentro. El agujero que hace de letrina está taponado por una pila de excrementos congelados y nada reciente ha incrementado su altura.

Vuelvo a mi infiernillo, confuso. Nadie pasea descalzo a cuatro mil metros, bueno, Diemberger, en el Chogori, no se ponía las botas para salir a quitar la nieve de encima de la tienda, a ocho mil metros... pero todo el mundo sabe que Kurt estaba loco.

Quizá llevaba unas botas ligeras en la mochila, mucha gente lo hace, es posible que haya salido a cagar, en ese water no apetece nada.

A las seis estoy listo para partir y el joven sigue sin aparecer. Salgo al exterior para tomar la decisión final. La cumbre está situada al este del refugio y la cresta cimera se perfila nítidamente sobre la alborada, todavía muy tenue.

El viento sigue siendo fortísimo, pero es evidente que ha amainado algo.

Las cordadas que parten de Gouter deberían estar llegando, pero no se ve a nadie. Rodeo el refugio y miro hacia el plateau. En la cumbre del Dôme hay un grupo detenido y otro está atravesando el col, los observo un rato y veo que se detienen. El de cabeza, seguramente un guía, vuelve atrás y conversa brevemente con los dos que le siguen. Luego los tres vuelven sobre sus pasos. Los de la cumbre del Dôme hacen lo mismo. Conozco el percal y me sonrío. El día no es apto para montañeros de salón, pero si no salen del refugio, los guías solo cobran la mitad de la tarifa. Estos han convencido a sus clientes para que lo intentaran, han llegado hasta aquí, los clientes dicen que no pueden seguir, el guía reconoce que las condiciones son «infernales, las peores en muchos años, no puedo garantizar su seguridad» y se dan la vuelta. El guía cobra la tarifa completa y el cliente vuelve a casa con su orgullo intacto. Fuera de mi vista, en la ladera del Dôme debe haber un autentico río de cordadas, regresando a Gouter después de una breve excursión.

Vuelvo a mirar hacia la cumbre: tocada por la aurora como la novia por su velo, se me ofrece en privado, ella y yo a solas... no hay vendaval que me haga desoír semejante llamada.

Regreso al refugio y utilizo la emisora de emergencia para avisar a los gendarmes, pero no le dan demasiada importancia: o no me entienden o no me creen. Dicen que alertarán a los refugios de la zona y que llame de nuevo por la tarde, si no ha aparecido.

Desconecto la emisora y malcierro la puerta.

El sol está apareciendo por encima de la cumbre y sus rayos convierte la arista Vallot en un hilo brillante que tira de mí y borra de mi memoria todo lo que no sea dejarme llevar por él.

¡Ya oigo el helicóptero! Viene por Bossons, tendré que escribir la subida a la cumbre más tarde, voy a terminarme el té antes de que lleguen.

Soy lo que albergo y ahora soy dos.

El helicóptero posó un patín sobre la estrecha arista en la que se encuentra enraizado el refugio y dos gendarmes saltaron a la nieve. Un segundo después se deslizaba suavemente sobre sus palas, ladera abajo, hacia el glaciar. Los dos socorristas entraron en el refugio, preguntándose donde se encontraría el montañero que había dado el aviso. El paso del luminoso atardecer a la penumbra del interior les dejó ciegos durante unos instantes, pero poco a poco los objetos fueron haciéndose más nítidos. Lo primero un infiernillo sobre el que hervía un cacillo de agua. Luego una mochila, algunas prendas, un cuaderno...

Uno de los gendarmes manifestó su desconcierto encogiéndose de hombros y cogió el cuaderno. Leyó la última línea con su español de liceo... luego miró con extrañeza hacia el té olvidado que bullía en el infiernillo. Su compañero terminó de inspeccionar lo poco que se podía inspeccionar y se acercó a él. Mientras curioseaban el diario, tras ellos surgió un fuerte destello. Al volverse se enfrentaron a un aura brillante en cuyo centro se alternaban a toda velocidad dos imágenes fijas: un joven, casi un adolescente, en su saco de dormir, con el rostro descompuesto de terror y un barbudo montañero con gesto de sorpresa.

Antes de que los gendarmes pudieran reaccionar de forma racional, el aura los envolvió totalmente y primero el silencio y poco después la penumbra, volvieron a adueñarse del refugio Vallot.

Soy lo que albergo y ahora soy cuatro.

Los seres humanos que he agregado, ahora sé que no debo llamarles corpúsculos, siguen resistiendo, son una formidable materia prima, con una sorprendente fuerza mental. Procesar el primero fue una tarea difícil, que todavía no he completado totalmente, pero me enseñó cómo debo tratarlos. Con los otros tres está resultando mucho más sencillo.

Son seres frágiles y efímeros, que sienten un gran temor ante la idea del enfriamiento, muerte lo llaman. No será fácil convencerles de que esto no es la muerte, si no un renacimiento a una vida más plena, en la que no existe la soledad ni la individualidad, pero lo lograré. Ya comienzan a intuir que somos bastante más que la suma de las partes y que nuestro poder crecerá exponencialmente con cada nuevo agregado. Cuando alcancen plenamente esa comprensión, mi nacimiento habrá ter-

minado, entonces nos entregaremos a la tarea de crecer, de crecer, de crecer... hasta que algún día, todavía lejano, estemos en condiciones de partir rumbo a las estrellas, en pos de mis ancestros.

Soy lo que albergo y todavía necesito muchos más.